

LA COLONIZACION FRANCESA EN ARGELIA, POR MANUEL UGARTE.

Los asuntos de Marruecos prestan actualidad á cuanto se refiere á las colonias que los diferentes Estados poseen en Africa. Desde hace mucho tiempo Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, España y Bélgica, tratan de asegurarse, para el porvenir, el más vasto dominio posible en estas tierras, abiertas á la ambición de todos. Es una lucha que se prolongará hasta que quede repartido el Continente. Cada nación aspira á ejercer una influencia proporcionada á su importancia en Europa. Algunos lo consideran indispensable, y aseguran que una de las condiciones de la paz europea es el equilibrio colonial. Es menester dar salida al exceso de producción industrial. Y todo contribuye á hacer creer que la tendencia imperialista se acentuará progresivamente. Por eso es curioso estudiar cómo ha realizado Francia, dentro del territorio sometido á su jurisdicción, ese ideal de conquista, cuales son las mejoras que ha realizado, y en qué forma ejerce su dominación sobre el país y sobre los habitantes.

Para justificar su acción en esas regiones, los Estados europeos arguyen siempre la necesidad de poner orden en el desbarajuste de tan dilatadas tierras, y ganar á la civilización millones de hombres primitivos, que no saben aprovechar los presentes de la Naturaleza. Todos los conquistadores se han escudado en parecido razonamiento. Veamos cómo ha aplicado tales doctrinas la nación que representa en Europa el pensamiento más avanzado del siglo. Nosotros creemos que la colonización francesa en Argelia está en contradicción con el espíritu democrático del país.

Desde el año 1830, en que el general Damremont comenzó la conquista, hasta la época actual, la dominación francesa en Africa se ha extendido considerablemente, y ha alcanzado un prestigio indiscutible. Sean cuales fueren nuestras ideas sobre la legitimidad de la conquista y sobre el derecho que puede tener un país á imponer á otro su protectorado, fuerza es reconocer la habilidad con que Francia ha sabido conservar, aun en medio de sus desastres de 1870, la posesión de su mejor colonia. Con una tenacidad incansable ha perseguido su obra de expansión, y ha llevado su empuje sin desfallecimientos, venciendo todas las resis-

tencias y sublevaciones con que los dueños del territorio pretendían ponerle trabas. Pero, después de reconocer la excelencia de este esfuerzo sostenido de voluntad, tenemos que señalar también sus yerros.

La población de Argelia, puede ser descompuesta en seis grupos: los kabilas, los árabes, los negros, los judíos, los franceses y los extranjeros de origen europeo que se han establecido en el país, entre los cuales se cuentan muchísimos españoles.

Los *kabilas* son los que, por ocupar la región desde hace mayor número de años, pueden ser considerados como los verdaderos dueños de la Argelia. Rechazados por invasiones sucesivas, han acabado por refugiarse en las montañas. Tienen un carácter tan independiente y tan altivo, que los turcos no consiguieron someterlos nunca. Los franceses sólo lo lograron en 1857, y gracias á las artes del mariscal Rendon. La organización de sus tribus es democrática, y tiene por base la comuna. Son gentes sóbrias, laboriosas, hospitalarias y de inteligencia vivaz. Rechazan la poligamia, y la mujer goza entre ellos de gran consideración.

Los *árabes*, los *moros* y los *koulour'lis*, cuyas costumbres son más bien aristocráticas, pueden ser reunidos en un solo grupo. Los primeros son los únicos que forman un núcleo considerable. El moro (*hadar*) se refugió en su mayoría, á raíz de la ocupación, en Marruecos y en Egipto. El *koulour'li*, hijo de turco y mujer mora, siguió su suerte. Lo que queda de estas tres variedades forma, por así decirlo, una sola. Son musulmanes, un tanto perezosos (1), pero nobles y llenos de vigor. Los viajeros que les han atribuído un carácter servil y falso, han caído en un error lamentable, que se explica quizá por la superficialidad de sus observaciones. No puede ser inferior una raza que ha dado hombres como Abd-el-Kader, de quien decía el mariscal Soult (1843) que era «uno de los tres grandes hombres de su tiempo». Basta leer la carta que en Abril de 1839 (2) dirigía ese jefe árabe al rey de Francia (3), para comprender la rectitud y la altura de miras que conservó, aun en medio de los quebrantos de la guerra. El francés no demostró la misma generosidad en el tratado de Tánger, concluído con el emperador de Marruecos (4). Feuillade, en su libro *L'Alge-*

(1) «Donde entra el arado, entra la deshonra». — *Mohammed*.

(2) *Abd-el-Kader*, su vida política y militar, por Alejandro Bellemare.

(3) «Te he escrito tres cartas, en las cuales te decía todo mi pensamiento. Ninguna de ellas te ha arrancado una respuesta. Sin duda han sido interceptadas, porque tú eres tan bondadoso que no me hubieras negado la satisfacción de saber realmente cuales son tus verdaderas disposiciones. Mi deseo es que esta tentativa tenga más éxito, y que la exposición de lo que ocurre en Africa cautive tu atención y determine un sistema propio para hacer la felicidad de dos pueblos que Dios ha confiado á nuestra solicitud.»

(4) Una de las cláusulas de este tratado era la que citamos textualmente: «Hadj Abd-el-Kader est mis hors la loi dans toute l'étendue de l'empire...»

rie française, pone de manifiesto los buenos instintos del árabe y explica muchas de las aberraciones que el europeo le reprocha. En realidad, el árabe, sobre todo el de origen aristocrático (*djuad* ó *chorfa*), es un tipo noble y altivo que, á pesar de la tiranía en que mantiene á la mujer y de la concepción social caduca en que se obstina, merece todo nuestro respeto.

Los *negros*, que después de la abolición de la esclavitud (1848), tienden á desaparecer de Argelia, forman actualmente un grupo insignificante y sin cohesión.

Los *judíos*, en cambio, constituyen uno de los núcleos más poderosos de la colonia. Descendientes en su mayor parte de los que emigraron de España en el siglo XIV y de los que los turcos mantuvieron después en tan cruel servidumbre, siguen componiendo hoy, á pesar de la ley de 1871 que les concede el derecho de naturalización, una casta, más que por su propia voluntad, por los prejuicios del resto de los habitantes. Sin embargo, la influencia que ejercen sobre la vida de la colonia no es tan decisiva como algunos suponen. Las persecuciones que sufrieron hace cinco años, durante la dictadura moral del Sr. Drumont, les debilitaron mucho. Ahora comienzan á recuperar algo de lo que perdieron, ayudados por la nueva política liberal que impera en Francia. Pero así y todo, continúan agobiados bajo el desprecio de los europeos y de los musulmanes. Un autor francés decía, hablando de ellos en un libro publicado hace pocos meses: «no cultivan la tierra, pero se la apropian por medio de préstamos usurarios y la hacen explotar después por el árabe desposeído.» Confieso que no he visto nada que corrobore esta afirmación. El judío argelino, sinuoso como toda raza tiranizada, engaña algunas veces, pero no es posible hacerle un crimen de esa astucia, que es el único medio de que dispone para contrarrestar la hostilidad general.

El *francés* sufre, al establecerse en la colonia, la influencia del ambiente. Su carácter se modifica y se torna autoritario y brusco. Desde mi llegada á Orán he presenciado hechos que lo demuestran. Un empleado de Aduanas expulsó ante mí á puñetazos á un cargador indígena que entró á ofrecer sus servicios á los viajeros. Otro indígena fué amenazado minutos después por un gendarme, que le dijo textualmente: *Si tu ne t'en vas pas d'ici je te ferai donner des coups de fouet*. Quiero suponer que estos son actos individuales que ignora la administración superior, pero ellos dejan sospechar en el colonizador un estado de ánimo agresivo. En el debate ocasionado por el levantamiento de Margueritte, debate que se ventila ahora ante los tribunales de Montpellier, un abogado, el señor L'Admiral, ha dicho lo siguiente: «Después de la conquista, ese pueblo desposeído se encuentra en la miseria; en vez de atenuar las diferencias que existen entre las dos razas, nosotros las hemos aumentado.»

Y es la confesión de un patriota. Claro está que si la comparamos con la dominación inglesa en la India, la dominación francesa en la Argelia resulta un beneficio. Pero hay que tener en cuenta la situación política de cada país. Una nación que en el orden interno conserva ideas autoritarias, tiene que proyectar, naturalmente, esas mismas ideas sobre sus colonias. Pero Francia, cuyos ideales son diferentes, tendría el deber de hacer extensivo su estado social á los pueblos que se acogen á su bandera.

Los *extranjeros de origen europeo* que se han establecido en Argelia son, en su inmensa mayoría, españoles é italianos. Hay, cerca de Mostaganen, una colonia alemana llamada *Stidia*, de la cual se ocupaba el general Varloud en un artículo reciente. Pero es un hecho aislado, sin ramificaciones. Con estos extranjeros se renueva en Argelia el fenómeno que se observa en algunas comarcas de la América del Sur y de los Estados Unidos. Al cabo de una generación son ciudadanos del país, aunque conserven su lengua maternal y sus peculiaridades nacionales. En las calles de Argel he oído hablar á algunos soldados zuavos franceses en dialecto valenciano. En las últimas agitaciones electorales, más de un candidato á la diputación lanzó sus proclamas en tres lenguas: francés, italiano y español. Este cosmopolitismo es en cierto modo peligroso para la dominación francesa, porque esos hombres que nada tienen del espíritu de la metrópoli, no pueden alimentar por ella ninguna simpatía. Y en caso de que se precisara alguna vez la idea ya flotante de una emancipación posible, serían los primeros en aceptarla.

* * *

Estos seis grupos: kabilas, árabes, negros, judíos, franceses y extranjeros emigrados, forman una amalgama curiosa. Según las últimas estadísticas, hay en Argelia 355.661 franceses, 48.101 israelitas, 211.107 españoles é italianos, 17.000 marroquíes y 3.797.769 indígenas. Son las cifras oficiales del censo de 1896. La proporción no puede haber cambiado considerablemente en ocho años. Estos números nos muestran dos cosas: la inferioridad numérica de los franceses ante los indígenas, que son doce veces más numerosos, y la relativa importancia del grupo de extranjeros emigrados.

Los 3.797.769 indígenas han retirado escasos beneficios de la ocupación francesa. El abogado L'Admiral, de cuyo discurso sobre la situación de Argelia hemos citado una frase algunas líneas más arriba, dijo también lo siguiente: «Cuando llegamos á Argelia, los árabes eran felices. Hoy no ocurre lo mismo. Ese pueblo expoliado se ha entregado al vagabundaje. Y como necesita vivir, se ve obligado á recurrir al robo cuando el trabajo falta.» Lo cierto es que el indígena no goza en Argelia de una si-

tuación privilegiada. El Sr. Demontés, en un estudio publicado en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Argel, constata que la propiedad pasa cada vez con más rapidez de las manos de los indígenas á las manos de los europeos. Según él, en un cercano porvenir, toda la tierra pertenecerá á los europeos, y los indígenas acabarán por constituir un inmenso proletariado al servicio de la colonización. El autor del artículo insiste sobre la gravedad del hecho. Es evidente que, en caso de una guerra entre Francia y otra nación, esas multitudes desposeídas intentarían libertarse. La rudeza de que hace gala el francés, tiende á aumentar todos los días ese antagonismo. Un colono refería hace poco lo siguiente, en *L'Echo d'Oran*: «Mientras contaba el dinero de la paga mensual, mi criado me devoraba con los ojos. Las monedas se alineaban en pilas irregulares... Mi criado no pudo contenerse, y me dijo: No muestres tu dinero á un árabe. Pero de tí, repuse, ¿qué tengo que temer? No importa, replicó, sé prudente. Yo no tenía necesidad de sus consejos. Mientras contaba las monedas, le vigilaba disimuladamente, y si hubiese hecho un movimiento sospechoso, no habría tardado yo en desnudar el revólver que llevo en el bolsillo.» El colono refiere esta escena pretendiendo probar la predisposición del árabe hacia el robo, pero sólo consigue poner de manifiesto la dureza del civilizador. Y aquí cabe recordar una frase de Feuilleide: «Si el árabe obra mal, tiene á nuestros ojos la excusa de su civilización inferior. El francés, por el contrario, basa su torpeza sobre la civilización superior de que se vanagloria. Al ver al indígena burlado casi siempre por el europeo, está uno á punto de pensar que la civilización no es más que un medio de perfeccionar la inmoralidad; pero, á Dios gracias, la civilización nada tiene que ver con ello, y no puede ser responsable del partido que de ella sacan algunos para llegar á satisfacer más fácilmente sus malas pasiones.»

Sobre el árabe pesa otra tiranía aún más dura que la del europeo, y es la tiranía de sus propios jefes. En un libro curioso publicado en Argelia hace algunos años (1), encontramos muchos ejemplos que podríamos citar, pero que nada añadirían á lo que dejamos dicho. Los abusos que en él se señalan, han sido quizá corregidos ó atenuados en estos últimos tiempos. Pero la impresión general que nos dejan nuestras lecturas y nuestras observaciones personales es la de una población indígena tiranizada por el elemento europeo.

*
* * *

En cuanto se refiere á progresos materiales, los realizados en Argel son maravillosos. El antiguo refugio de los piratas que devastaban las

(1) H. Pelletier: *Physiologie de la Tribu*.

flotas europeas, se ha convertido en una ciudad alegre y modernísima, llena de vigor y de esperanza, que improvisa todos los años un barrio nuevo y se extiende sin cesar á lo largo de la costa hasta Mustahpa. Con sus casas monumentales, sus tiendas, sus cafés, sus teatros, su animación meridional y sus tranvías eléctricos, parece una gran ciudad de Europa. Del viejo caserío árabe sólo queda en la altura un núcleo de construcciones ruinosas que se apiñan, separadas apenas por estrechos callejones empinados. Pero el empuje y la iniciativa de los europeos gana terreno diariamente, y no tardará en tragarse también ese último refugio pintoresco de las costumbres del país.

En Orán encontramos parecidos progresos. Sobre las tierras antes abandonadas, se han abierto bulevares, se han instalado grandes hoteles y se han levantado hileras de casas uniformes de cuatro pisos.

El colonizador ha vertido sobre las comarcas nuevas todos sus progresos con una largueza de gran señor. Y no sólo lo ha hecho en los centros principales, sino también en los campos donde los ferrocarriles, el telégrafo, los puentes y los canales atestiguan el espíritu atrevido y emprendedor de los recién llegados. El progreso moderno ha operado con mayor holgura en estas tierras nuevas, donde todo estaba por hacer, que en las viejas ciudades de Europa, donde tiene que luchar con los mil impedimentos que le opone la tradición. De ahí que encontremos una frescura de iniciativa, una resolución para crear, que sólo hemos visto en algunas ciudades de América. Hay exuberancia de vida. Y no sería difícil, dada la rapidez con que evoluciona todo, que alcanzase Argel dentro de pocos años mayor importancia que cualquier otro puerto francés. Si ese caso llega, no podrá asombrarnos que ocurra en estas regiones lo que ocurrió hace un siglo en las regiones de América, colonizadas por Inglaterra y por España.

Es verdad que la administración colonial ha sacado todo el provecho posible de las advertencias del destino. Las autoridades han prestado una atención preferente á la agricultura, que parece ser la principal riqueza de la región. Pero como la juventud de aquí, parecida en eso á la de todos los países de alma latina, se inclina más á alcanzar títulos universitarios y á obtener destinos en la administración que á explotar las diferentes industrias, ha habido que fomentar por todos los medios la afición á los trabajos del campo, fundando escuelas de agricultura como la de Ruiba ó la de Bel-Abbés, creando becas gratuitas é instituyendo pensiones para tratar de conservar á esta rama de la actividad su primitiva importancia. Porque la agricultura es en Argelia de mucho más rendimiento que la ganadería y que la industria, que se halla aún en estado embrionario. Fuera del tabaco y de las pastas alimenticias, se puede decir que todo lo que se consume viene de la Metrópoli. Quizá se modi-

ficará esto con la autonomía financiera, obtenida recientemente. Pero sea lo que fuere, ni la industria ni la ganadería pueden igualar hoy por hoy la importancia de la agricultura.

De ahí que desde hace veinticinco años se haya adoptado el sistema de conceder gratuitamente de 10 á 15 hectáreas de terreno á los colonos que quieren ir á cultivar tierras al interior del país. Es el mismo procedimiento que se sigue en la Argentina. El recién llegado que se compromete á cultivar el territorio y á levantar en él una habitación, es decir, á poblar, recibe el título de propiedad gratuitamente y á veces los útiles necesarios para la labranza. Por tales medios se ha logrado reunir en Argelia un número de 700.000 agricultores, que cultivan cerca de 2.000.000 de hectáreas. Pero la colonia es tan grande (670.000 kilómetros cuadrados) y la población es tan escasa (4.500.000 habitantes), que quedan aún inmensas extensiones desiertas. Es verdad que no todo el territorio es favorable para la agricultura. Argelia puede ser dividida en tres regiones: el Sahara, que sólo es habitable en invierno; los *hauts plateaux*, donde moran únicamente los árabes pastores, y, por último, el *tellus* de los romanos, que es el único lugar donde encuentra el europeo tierras fértiles y condiciones climatológicas favorables. No queremos decir con esto que sólo esté poblada esta última región. Los kabilas, que son industrioses, han conseguido cultivar con provecho algunas tierras que todos desdeñaban. Pero aquí nos vemos obligados á recordar nuevamente el vicio fundamental de la colonización francesa en Argelia. Los kabilas, á pesar de ser los súbditos más dóciles, han sufrido también los atropellos del colono (1). Se les ha quitado mucha tierra. No se ha respetado bastante la libertad á que tienen derecho. Y es de temer que esas tribus sumisas y laboriosas que sólo piden paz, acaben por declararse hostiles al europeo y abandonen los territorios sobre los cuales vierten hoy la riqueza de su trabajo.

*
* *

No es esta animosidad contra los indígenas el único error de los colonizadores. Enumeremos rápidamente algunos más. En Argelia se nota también ese espíritu centralizador que tantos males ha valido á la Metrópoli, y la capital ejerce una especie de dictadura sobre el resto del territorio. Se protege demasiado el comercio francés, olvidando que toda superioridad basada sobre tarifas aduaneras es una superioridad ficticia. Se descuida la verdadera riqueza del país, puesto que sobre 183 yacimientos metalúrgicos conocidos en 1898, sólo 55 estaban en explotación. Y comienza á manifestarse el apoyo más ó menos directo que las autoridades locales prestan á algunas explotaciones, así como el *conservatismo* de los

(1) Raimond Marival: *Le Çof*.

que creen defender la situación adquirida, poniendo trabas á las empresas similares que otros pretenden establecer, *conservatismo* que es el principio de la ruina de toda agrupación, porque vivir es renovarse y todo lo que no evoluciona ha muerto.

Es necesario reconocer que, al lado de tales errores, hay en Argelia mucho vigor acumulado. La facilidad con que se improvisa todo y el bienestar de que disfrutan los colonos franceses, da á esta región un aspecto alegre y sano. El emigrado encuentra en ella una felicidad que pocas veces alcanzó en su país. Pero como tal prosperidad no alcanza al indígena, como éste sigue estando, por así decirlo, al margen de la vida común, son de temer algunos tropiezos. Por otra parte, la atmósfera de la región, que modifica considerablemente el carácter del francés emigrado y la naturalización creciente, que introduce en la colectividad todo un fermento cosmopolita, hacen creer que, dada la riqueza del país y el carácter que impera en la nueva agrupación, los colonos acabarán por dar forma á su deseo de independencia. Son los dos peligros que amenazan á la colonia: los desórdenes que pueden provocar las exacciones cometidas contra el indígena, y el natural deseo de emancipación que fermenta en toda región próspera. Francia conseguirá quizá conservar su situación privilegiada durante largos años, pero es difícil que logre impedir un hecho que se ha producido ya tantas veces en diferentes países y que la historia nos enseña á considerar como fatal. Desde que se pisa suelo argelino, dos verdades saltan á los ojos: que la dominación francesa, lejos de mejorar la situación del indígena la ha agravado, utilizando para sus fines opresores la docilidad de los *kebir* y los *caid*, y que no es posible conservar en hombres que viven lejos, librados á todas las influencias, en un país diferente y bajo otro clima, el cariño y el apego hacia una patria nominal.

A nuestro modo de ver, una tentativa separatista sería un error lamentable, puesto que la región tiene los mismos derechos y nombra el mismo número de diputados que cualquier otro departamento francés. Pero en un país tan cosmopolita, nunca falta un hombre impaciente que levante una bandera nueva y reuna una multitud entusiasta que le aclame. Después de lo ocurrido en Cuba, sería un esfuerzo infantil, porque todas las naciones miran con avidez la hermosa costa africana que se extiende sobre el Mediterráneo, y la independencia duraría lo que tardasen los argelinos en alcanzarla. Sea lo que fuere, Argelia es, hoy por hoy, una de las colonias más prósperas, y si Francia supiera contemporizar con el indígena y atender más que á la difusión de sus productos á la de su espíritu, podría continuar quizá ejerciendo su dominación durante largos años y en beneficio de todos.

que creen defender la situación adquirida, poniendo trabas á las empresas similares que otros pretenden establecer, *conservatismo* que es el principio de la ruina de toda agrupación, porque vivir es renovarse y todo lo que no evoluciona ha muerto.

Es necesario reconocer que, al lado de tales errores, hay en Argelia mucho vigor acumulado. La facilidad con que se improvisa todo y el bienestar de que disfrutaban los colonos franceses, da á esta región un aspecto alegre y sano. El emigrado encuentra en ella una felicidad que pocas veces alcanzó en su país. Pero como tal prosperidad no alcanza al indígena, como éste sigue estando, por así decirlo, al margen de la vida común, son de temer algunos tropiezos. Por otra parte, la atmósfera de la región, que modifica considerablemente el carácter del francés emigrado y la naturalización creciente, que introduce en la colectividad todo un fermento cosmopolita, hacen creer que, dada la riqueza del país y el carácter que impera en la nueva agrupación, los colonos acabarán por dar forma á su deseo de independencia. Son los dos peligros que amenazan á la colonia: los desórdenes que pueden provocar las exacciones cometidas contra el indígena, y el natural deseo de emancipación que fermenta en toda región próspera. Francia conseguirá quizá conservar su situación privilegiada durante largos años, pero es difícil que logre impedir un hecho que se ha producido ya tantas veces en diferentes países y que la historia nos enseña á considerar como fatal. Desde que se pisa suelo argelino, dos verdades saltan á los ojos: que la dominación francesa, lejos de mejorar la situación del indígena la ha agravado, utilizando para sus fines opresores la docilidad de los *kebir* y los *caïd*, y que no es posible conservar en hombres que viven lejos, librados á todas las influencias, en un país diferente y bajo otro clima, el cariño y el apego hacia una patria nominal.

A nuestro modo de ver, una tentativa separatista sería un error lamentable, puesto que la región tiene los mismos derechos y nombra el mismo número de diputados que cualquier otro departamento francés. Pero en un país tan cosmopolita, nunca falta un hombre impaciente que levante una bandera nueva y reuna una multitud entusiasta que le aclame. Después de lo ocurrido en Cuba, sería un esfuerzo infantil, porque todas las naciones miran con avidez la hermosa costa africana que se extiende sobre el Mediterráneo, y la independencia duraría lo que tardasen los argelinos en alcanzarla. Sea lo que fuere, Argelia es, hoy por hoy, una de las colonias más prósperas, y si Francia supiera contemporizar con el indígena y atender más que á la difusión de sus productos á la de su espíritu, podría continuar quizá ejerciendo su dominación durante largos años y en beneficio de todos.